

770
2

Guerra Civil de Chile

SU APRECIACION HISTÓRICA

POR

FRANCISCO VALDÉS VERGARA



Artículos publicados en *La Prensa*
de Buenos Aires

VALPARAISO:

IMPRENTA DEL UNIVERSO DE G. HEIFMANN
CALLE DE SAN AGUSTIN, 39D

Guerra Civil de Chile

SU APRECIACION HISTÓRICA

I.

Es un fenómeno digno de atención el contraste que existe entre la solidaridad que unió a los pueblos hispano-americanos en la época de sus luchas por la independencia y el aislamiento en que han vivido después que constituyeron sus respectivas nacionalidades.

Fueron solidarios durante la guerra contra España porque comprendían que había peligro grave e inmediato para todos, si uno solo sucumbía y quedaba sujeto al régimen colonial. El triunfo dentro de las fronteras no podía ser completo mientras fuera de ellas hubiese fuerzas organizadas al servicio del Rey. Los grandes capitanes de la Independencia, San Martín y Bolívar, no pudieron dar por terminadas

sus campañas sino cuando llevaron sus banderas victoriosas hasta el centro del poder español—el vireinato del Perú—señalando su paso con la libertad de Chile, Bolivia, Ecuador y Perú, afianzada en históricos campos de batalla.

Los libertadores de América, persiguiendo la realización de una noble idea, recorrieron el continente en todas direcciones, lo regaron con su sangre y legaron a las nuevas naciones, formadas por ellos, altos ejemplos de patriotismo y fraternidad internacional.

Por desgracia, pasada la época activa de la guerra, cada una de las repúblicas hispano-americanas se vió, no por acto voluntario de sus gobiernos, sino por la necesidad de las cosas, aislada de sus vecinas y consagrada exclusivamente a preparar su organización interna. Todas tuvieron que luchar desde el primer día con grandes dificultades para constituirse con solidez. Entre estos obstáculos hai que recordar por su importancia la falta de cultura de pueblos educados en el régimen colonial, la escasa población diseminada en vastos territorios y la manera como se habían improvisado en la guerra los únicos hombres que podían tomar en sus manos las riendas del gobierno.

El aislamiento creció con el trascurso de los años y llegó a convertirse en situación normal de estos países, porque no hubo interés comercial

alguno que estableciese entre ellos relaciones permanentes. Cada pueblo encontró en su propio suelo los elementos necesarios para atender a su alimentación y para enviar productos a los centros industriales europeos a fin de cambiarlos por los artículos manufacturados que solo en ellos podia adquirir. ¿Qué corriente de intereses recíprocos podia haber entre naciones que producian y necesitaban, con escasas diferencias segun los climas, los mismos artículos? Las producciones de las unas no encontraban mercados en las otras; por consiguiente, no había medio de establecer un verdadero tráfico comercial.

Las precedentes observaciones no son aplicables a Chile y el Perú, tratándose de los productos de la agricultura chilena; pero esta escepcion y otras análogas no desvirtúan el hecho que observamos, porque a despecho de ellas, ha existido aislamiento, aun entre el Perú y Chile, por otras circunstancias especiales.

Entre tanto, nada era mas necesario a todos estos pueblos como acercarse y conocerse para hacer juntos las difíciles esperiencias de la vida libre. Nacidos del mismo oríjen y por el mismo esfuerzo guerrero; ligados por largos años a un régimen que les dejaba como herencia comunes vicios y defectos; obligados por la naturaleza de los acontecimientos que les dieron independenciam a organizarse rompiendo todas las tradiciones, habia

ventaja evidente para cada uno de ellos en estudiar los hechos que se producian en los otros y apreciar sus consecuencias a fin de no perderse en ensayos estériles ni incurrir en errores manifestados por ajena esperiencia.

Las instituciones no se establecen en los pueblos sobre el ligero cimiento que ofrecen la voluntad y la capacidad de los que redactan las leyes. Para darles base sólida hai que fundarlas sobre el grado de cultura que haya alcanzado el pueblo que las recibe; y para apreciar con alguna exactitud esa cultura, hai que tomar en cuenta los antecedentes históricos, que estudiar las costumbres y tradiciones nacionales en sus variadas manifestaciones, que tender la vista a los pueblos vecinos, que pueden ofrecer puntos prácticos de comparacion por la indentidad de la raza o la comunidad de civilizacion.

En este sentido, el frecuente trato de los pueblos americanos entre sí habria dado provechosos frutos, convirtiendo en vasto campo de observacion política y administrativa el mismo continente que sirvió de teatro a la guerra comun contra el réjimen colonial.

El aislamiento se produjo, y se conserva hasta ahora, porque hai circunstancias superiores a la voluntad de los hombres, contra las cuales nada pueden ni el convencimiento de que conviene dominarlas, ni el buen deseo de sobreponerse a

ellas. Así, los pueblos hispano-americanos se han visto condenados a buscar en la imitación de los Estados Unidos o de las monarquías europeas los materiales necesarios para darse una organización estable, ignorando o comprendiendo mal las provechosas enseñanzas que se les ofrecían al otro lado de sus fronteras. Las esperiencias hechas en cada una de estas repúblicas han sido completamente perdidas para todas las demás: cada cual ha hecho a su turno los mismos ensayos, ha incurrido en los mismos errores y ha cosechado los mismos malos frutos.

De este modo se explica el hecho singular de que todos los graves acontecimientos que ocurren en la América Española sorprendan al continente entero y a los mismos pueblos que son teatros de ellos, cual si fuesen fenómenos producidos de improviso como un temblor de tierra.

Tiene tal intensidad el hábito de no preocuparse de lo que pasa en los pueblos vecinos, que llega a olvidarse que nada sucede sin causa poderosa para producirlo y que los acontecimientos políticos y sociales son motivados, no por los hechos determinantes y casi siempre pequeños que los hacen estallar, sino por causas anteriores, cuyas raíces y complicaciones son ignoradas por el observador lejano, lo mismo que por los hombres apasionados que en ellos figuran como actores.

Cuando en 1879 se produjo la guerra del Pa-

cífico, pudo observarse que todas las naciones hispano-americanas, sin esceptuar a las belijerantes, fueron sorprendidas por el suceso y trataron de esplicárselo cada cual a su modo.

Los aliados acusaron a Chile de haberse preparado para la guerra y de haberla provocado injustamente una vez que se sintió bastante fuerte para llevarla a cabo con éxito. Chile, por su parte, lanzó igual acusacion a los aliados, invocando en apoyo de este cargo el histórico tratado secreto de alianza entre Bolivia y el Perú, hecho en Lima el año 1873. Entre tanto, lo cierto es, y ello se comprueba por documentos dignos de entera fé, que Chile, Bolivia y el Perú estaban igualmente desprevenidos para la guerra, que ésta se produjo por antecedentes que venian desarrollándose sin especial propósito desde muchos años atras, casi desde la guerra de la independencia; y que la culpa grave de los gobernantes de las tres naciones consistió, no en haber provocado la lucha, sino en haber sido bastante ciegos e imprevisores para no oponerse con tiempo a las causas que, a despecho de ellos, iban a hacerla necesaria. Nosotros conocimos de cerca en esa época los hechos relacionados con el *casus bellis* entre Chile y Bolivia, y desde entonces siempre hemos manifestado la misma opinion tranquila que ahora espresamos. Pero el sentimiento público en Chile persiste en considerar

aquella guerra solo bajo el estrecho punto de vista que permiten los extravios del patriotismo. Igual cosa sucede en el Perú y Bolivia, quienes tratan todavia de explicar sus desgracias, no por las causas que las prepararon en un largo trascurso de tiempo, sino por alguno de los accidentes que encendieron la guerra.

La opinion americana, ignorante de los sucesos del Pacífico ántes que las operaciones bélicas les dieran notoriedad, ha participado desde un principio de los mismos errores de juicio que se observa en las opiniones de los belijerantes. Será menester que haya un historiador severo y de recto criterio para que estudie aquella guerra en su verdadero orijen y desvanezca las impresiones equivocadas que al presente dominan.

La guerra civil chilena se presta en la actualidad a comentarios semejantes a los que preceden. El ardor de las pasiones políticas ha cegado a los actores en la lucha. Cada uno atribuye importancia primordial en el orijen de la guerra a aquello que mas le preocupa. Para Balmaceda y los sostenedores de su réjimen dictatorial, las ambiciones de los jefes de partidos o de agrupaciones políticas constituyen la causa única de la violenta crisis en que está comprometida la república. Para la inmensa mayoria de los que forman en las filas de la revolucion y de los que la aplauden, la crisis no tiene otra causa que el

personalismo absorbente de Balmaceda, su ineptitud para el ejercicio discreto del poder y su tenaz propósito de traspasar el mando, como objeto de su exclusivo uso, a un favorito de su amistad. Pocos son los que miran el pasado y buscan en el desarrollo de los acontecimientos públicos los motivos que pueden haber preparado esta situación. No hai, ni puede haber, tranquilidad de juicio porque las violencias de la Dictadura pesan sobre los ciudadanos y ahogan la voz de la razon para no dejar oír sino las quejas por tantas iniquidades, las imprecaciones de cólera por tantas crueles injusticias y los gritos de indignacion por los delitos que se cometen contra la honra de la patria.

Las demas repúblicas americanas no se reponen todavia de la sorpresa que les causara la primera noticia de haber estallado una revolucion en Chile, despues de tantos años de bien aprovechada paz. Tampoco pueden darse cuenta exacta ni del oríjen, ni del significado histórico, ni de las probables consecuencias de esta guerra civil, porque ignoran los antecedentes que la han producido, y, si tratan de averiguarlos, no reciben sino las informaciones apasionadas de los que todo lo atribuyen a los sucesos en que han sido actores. Y sin embargo, los hechos que hoi ocurren en el Pacífico revisten un carácter histórico que interesa a todo el continente y que merece ser estu-

diado con atención. Bajo la apariencia de una contienda entre opuestas aspiraciones políticas, se está ventilando en Chile, con las armas en la mano, un problema de vital importancia para todas las nacionalidades hispano-americanas. El desenlace que tenga la guerra producirá consecuencias que necesariamente habrán de hacerse sentir en las otras repúblicas, tanto en el orden político interno, como en sus relaciones internacionales.

Para demostrar esto vamos a hacer una exposición tranquila del juicio que hemos formado sobre la crisis de Chile, observando los acontecimientos desde hace algunos años con la serenidad del que no tiene parte en ellos y con el interés que el patriotismo inspira por todo lo que afecta al suelo donde se ha nacido. Anticiparemos, para no presentarnos en un carácter equívoco, que aplaudimos la revolución y la consideramos como la única esperanza de salvación para nuestra patria; pero esto no perturba el criterio desapasionado con que juzgamos los sucesos, porque el alejamiento de la política militante nos ha permitido conservar la calma, aun en medio de la persecución de que hemos sido objeto.

Habrà, sin duda, muchos errores en nuestros juicios; pero ellos serán producidos, no por dañada intención o por odios personales, sino por falta de capacidad para formarlos con mas acierto.

II.

La completa victoria que Chile obtuvo en la guerra del Pacífico contra el Perú y Bolivia le dió grandes ventajas, pero al propio tiempo le impuso graves responsabilidades.

Hasta esa fecha el gobierno chileno se habia distinguido en América por el carácter severo de los hombres que lo ejercian, por el buen réjimen establecido en la administracion pública, por el escrupuloso manejo de las rentas nacionales, por la prudencia que empleaba en el estudio y adopcion de las leyes asi políticas como civiles y comerciales. La República era gobernada con la circunspeccion y el celo que los hombres de bien ponen al servicio de los intereses ajenos que se les encarga administrar. Con justo orgullo podiamos decir entónces los chilenos que el ejercicio del poder público no era solicitado para gozar de las satisfacciones del mando, sino que era aceptado como un cargo que llevaba consigo la obligacion de sacrificarse en bien del pais.

Justamente al concluir la guerra ocupaba la presidencia el hombre que mejor ha representado en Chile esta honrosa tradicion de probidad gubernativa. Don Aníbal Pinto reunia condiciones de intelijencia y de carácter que le habrian permitido sobresalir en cualquiera sociedad, pero

carecia en absoluto de ambicion personal. Su modestia rayaba en la humildad y, si hubiera obedecido solo a sus naturales inclinaciones, habria pasado su existencia lejos de las esferas oficiales, consagrado a sus libros y al afecto de su familia. Elevado a la presidencia de la República por la iniciativa de su antecesor, don Federico Errázuriz y por la adhesion de los partidos liberales, don Aníbal Pinto llevó a la Moneda la austera sencillez de su vida de familia y fué el digno continuador de una política que buscaba el bien permanente del pais con prescindencia de los intereses transitorios de los partidos.

En la organizacion de los servicios militares durante la guerra se hizo sentir, mas que en cualquiera otra rama de la administracion, la influencia saludable de la probidad y el buen sentido del Presidente Pinto. Jamas se ha hecho a menos costo una guerra internacional. El pais se encontraba envuelto en una doble crisis: comercial, por haberse esportado el circulante metálico, y fiscal, porque las rentas nacionales no alcanzaban a cubrir los gastos del presupuesto ordinario. Fué entónces necesario acudir a las emisiones de papel moneda. El Presidente aceptó mal de su agrado este espediente, porque, con su claro juicio, comprendia mui bien los peligros que en él van envueltos. Pero las necesidades de la guerra no admitian retardo ni era posible apelar en esas

circunstancias al crédito en el exterior. El Presidente Pinto tuvo que ceder a las exigencias inevitables de la situación y puso especial cuidado en limitar las emisiones a lo absolutamente preciso y en darles un carácter transitorio para amortizarlas una vez terminada la guerra.

Merced a este espíritu recto del Presidente Pinto y a su firme propósito de mantener las buenas tradiciones administrativas, la guerra del Pacífico no impuso a Chile sino una deuda en papel moneda que no pasó de treinta millones de pesos. La intendencia jeneral del ejército y la armada fué organizada y dirigida por distinguidos ciudadanos, a quienes impuso ese trabajo el Presidente en nombre del patriotismo y como un sacrificio personal. Las cuentas de esos complicados servicios, en una guerra que movilizó durante cerca de dos años a 60,000 hombres, fueron presentadas al gobierno, en la forma y con los comprobantes mas satisfactorios, mui pocos meses despues de la ocupacion de Lima. El acierto, la economia y la honradez de la intendencia jeneral en esas difíciles circunstancias demostraron que la máquina administrativa estaba bien montada y podia funcionar con toda seguridad. Chile cosechó en esa época el fruto de cincuenta años de gobiernos constitucionales que, con verdadero patriotismo, habian trabajado por el perfeccionamiento de nuestro régimen administrativo.

Por tanto, no podia ser mas favorable la situacion de Chile para hacer frente a los peligros y dificultades de diversa índole que la terminacion de la guerra ponía en su camino.

El peligro principal consistía en el ejército, porque una campaña tan afortunada en territorio extranjero, le permitía volver a Chile rodeado del prestigio que las acciones militares conquistan ante la imaginacion popular. El enriquecimiento rápido del fisco por el impuesto sobre la esportacion del salitre, era otro peligro gravísimo que exijía la mayor severidad en la administracion de la hacienda pública. El uso que debía hacerse del papel moneda era otro punto de la mayor importancia, porque ya comenzaban a crearse intereses opuestos al deber y a la buena fé de la República, pretendiendo que el réjimen del curso forzoso, establecido con el carácter de transitorio, se convirtiese en permanente. En pos de estas dificultades venían muchísimas otras, menos graves, es verdad, pero de bastante importancia, porque podían comprometer la tradicional severidad de la administracion chilena. Citaremos solo la circunstancia de haberse necesitado duplicar durante la guerra el personal de los empleados públicos. La eleccion de los nuevos empleados no pudo hacerse como en tiempo de paz por motivos fáciles de comprender; la escuela en que ellos comenzaron a trabajar, en territorios enemigos ocupados

por armas victoriosas, no era tampoco favorable para darles disciplina administrativa. De consiguiente, la tarea de reducir el personal despues de la guerra, elijiendo para conservarlo solo lo mejor, era tan delicada en la manera de desempeñarla, como en los resultados que mas tarde habia de producir.

Estø sucedia en los primeros meses del año 1881 y el período presidencial de don Aníbal Pinto espiraba el 18 de setiembre del mismo año. Por este motivo la atención pública se preocupó esclusivamente de la cuestion electoral. El peligro del militarismo ofrecia entónces caractéres alarmantes. La candidatura a la presidencia le fué propuesta al jeneral Baquedano por el partido conservador en alianza con elementos liberales de alguna significacion. El jeneral aceptó aquel ofrecimiento y se presentó ante el pais, que acababa de concederle los honores del triunfo a su regreso de Lima, pidiendo los sufragios populares en la eleccion del mes de junio.

Don Aníbal Pinto tenia profunda fé en la solidez de nuestras instituciones y en el buen sentido del pais. No le faltaba razon para ello, puesto que la esperiencia que él habia practicado en su difícil período presidencial le habia hecho comprender que un gobierno justo podia contar con la adhesion y el respeto de todo el pais. No vaciló por eso en proceder sin demora a la diso-

lucion del ejército victorioso en cuanto no era necesario para mantener la ocupacion del Perú mientras se negociaba el tratado de paz. Una division de seis mil hombres, traída de Lima en el mes de marzo con el jeneral Baquedano a su cabeza y recibida con loco entusiasmo en Valparaiso y en Santiago, fué dispersada mandando los batallones a diversas provincias, donde se les disolvió y se les ajustó sin dificultad alguna.

Este acontecimiento puso una vez mas a prueba el poder de una administracion bien organizada y de un gobierno ejercido con prudencia. Desde ese momento el peligro del militarismo quedó conjurado y la candidatura del jeneral Baquedano no pudo contar con apoyo alguno en el ejército de la República. El mismo jeneral, por otra parte, no habria intentado jamas que su prestijio ante el ejército le sirviese para apoderarse del mando. El daba ejemplo de disciplina a todos los que militaban a sus órdenes.

III.

El sucesor del señor Pinto fué don Domingo Santa Maria, hombre que tenia mas de treinta años de práctica en la administracion y los negocios públicos. Su candidatura encontró séria resistencia, no solo de parte de los conservadores,

sino tambien de parte de una fraccion numerosa de los partidos liberales. Se hacian apreciaciones mui contradictorias sobre su carácter y su conducta como hombre político en la administracion de don Manuel Montt. Pero hacia ya cerca de quince años que desempeñaba el cargo de rejente de la Corte de Apelaciones de Santiago y su conducta como majistrado inspiraba a todos plena confianza. Esto le sirvió de título para asegurarse la adhesion de los que deseaban ver en la presidencia de la República un ciudadano que, por su probada honradez, fuese digno sucesor del señor Pinto.

Santa Maria inició su gobierno organizando un ministerio que representaba bien los elementos políticos dominantes y que respondia a la necesidad de hacer frente a los peligros que ya hemos indicado como consecuencias de la guerra. La cartera del interior fué confiada a un ciudadano que acababa de prestar servicios tan desinteresados como valiosos en la guerra y que era bien conocido por la integridad de su carácter. La de hacienda, que en esos momentos era el eje de la situacion, fué puesta en manos de otro caballero de notoria capacidad, que gozaba de una reputacion intachable ante amigos y adversarios. La de relaciones esterores fué encomendada a don José Manuel Balmaceda, quien por vez primera tomaba parte en los trabajos y responsabilidades de la

administracion pública. Hasta esa fecha el señor Balmaceda no habia sido otra cosa que un político vacilante, cuya actitud en la Cámara de Diputados era siempre causa de perturbacion para los partidos. A principios de 1881 tuvo sus veleidades a favor de la candidatura del jeneral Baquedano; en tiempo oportuno supo plegarse a la de Santa Maria y esto le valió la entrada en la Moneda como ministro de Estado.

Los primeros actos de Santa Maria parecieron corresponder al espíritu de probidad política y administrativa que él pregonaba como programa de su gobierno. Pero pocos meses despues, en marzo de 1882, hubo que proceder a la renovacion del Congreso nacional y el Presidente olvidó de pronto sus antecedentes como majistrado, sus promesas como candidato, sus deberes como gobernante, para no pensar sino en hacer elecciones a su agrado.

Puede decirse que en Chile jamas ha habido una verdadera eleccion, es decir, un acto libre y bien meditado por medio del cual la mayoria de la poblacion manifieste su voluntad. Estamos ciertos de que igual cosa puede decirse en cada una de las repúblicas hispano-americanas. El hecho se explica fácilmente, considerando que las masas populares en estas repúblicas tienen todavia un nivel mui bajo de civilizacion y no comprenden, ni practican, por consiguiente, los deberes y de-

rechos de la ciudadanía. Hai estados, como Bolivia y el Perú, por ejemplo, donde la poblacion indijena americana se conserva, hasta con su idioma, en el mismo atraso en que la dejó la colonia. Se comprende que en tales condiciones de civilizacion no habria ni seriedad siquiera en hablar de elecciones que revelen la verdadera voluntad popular.

En Chile eran los partidos los que hacian las elecciones. Formados al amparo de la paz y disciplinados en las luchas parlamentarias, los partidos tenian una organizacion que se perfeccionaba de año en año con sus propios trabajos y con el vigor que les daban los jóvenes que iban formando en sus filas. Los *conservadores* representaban las tradiciones políticas de la asamblea constituyente de 1833 y del gobierno que se estableció con arreglo a la Constitucion dictada por ella. A este título de antigüedad y respeto agregaban el de haber cooperado eficazmente, durante la administracion Perez, a la política de conciliacion que puso término al autoritarismo de la administracion Montt. Los *liberales* traian su origen de los variados acontecimientos que tuvieron lugar entre la abdicacion de O'Higgins en 1823 y el triunfo de la política conservadora consagrado por la Constitucion de 1833. Despues de haber sufrido duras persecuciones tuvieron un período de influencias en la administracion Búl-

nes; volvieron en seguida a conspirar y a ser perseguidos en la administracion Montt y por último el presidente Perez les buscó, en union con los conservadores, para dar base firme a su pacífica y tolerante administracion. En el decenio del presidente Perez se constituyó el grupo llamado *montt-varista* o *nacional*, porque lo formaban los hombres que mayor participacion habian tenido en el gobierno anterior. Este grupo, sin bandera política determinada, tuvo sin embargo una fuerte organizacion desde el primer dia, porque lo formaban personas experimentadas en la administracion pública, de alta posicion social y espertas en las contiendas de los partidos. Tambien se organizó con solidez en esa época el partido *radical*, cuyo respetado jefe, don Manuel Antonio Matta, educó con su ejemplo a la juventud chilena en la práctica de las virtudes republicanas y determinó, con la tenacidad de su propaganda en la prensa y en la Cámara de Diputados, el movimiento que en 1870 unió a liberales, nacionales y radicales para exigir la reforma de la Constitucion conservadora.

Si se toma en cuenta que en estos paises, por falta de cultura, no hai todavia pueblos capaces de ejercer la soberania como debe practicarse en las democracias, forzoso será reconocer que la existencia de partidos con buena organizacion es un verdadero progreso político. De este modo se

abre camino a la accion de todos los ciudadanos que quieren o pueden interesarse en el gobierno, ofreciéndoles las garantías que la union produce para resistir a los abusos de la autoridad.

Donde no hai pueblo apto para practicar la soberania, ni partidos organizados para dirijir la opinion de los ciudadanos que se preocupan de la política, el gobierno tiene que ser necesariamente autoritario o mas bien dictatorial, porque no hai fuerza alguna que pueda oponerse a su voluntad y los que usan del poder sin contrapeso, obedecen por regla jeneral a una inclinacion que los lleva al despotismo.

Se ha dicho que en Chile existe una oligarquía que tiene el privilejio del poder. Esto es cierto o no lo es, segun la idea que se pretende espresar cuando se habla de oligarquía. El ejercicio del gobierno requiere, como todas las funciones públicas o privadas, desde la mas alta hasta la mas humilde, cierta especial preparacion. En las naciones mas cultas el pueblo ha alcanzado tal nivel de civilizacion, que casi la totalidad de los habitantes mayores de veinte años se dan cuenta cabal de la administracion pública y pueden tomar parte en ella directa o indirectamente. Es notable a este respecto el caso de la Suiza, en donde el pueblo no solo practica como un deber todos los actos electorales, sino que tambien es llamado en determinadas circunstancias a ra-

tificar o desaprobar las leyes. Pero cada pueblo tiene un distinto grado de cultura. El pueblo suizo tiene, sin duda, el mas alto; nuestros pueblos americanos tienen por desgracia el mas bajo. Esto puede herir nuestro orgullo, puede lastimar nuestro amor propio; pero el hecho es efectivo y nosotros no debemos cerrar los ojos a la verdad para engañarnos, fingiendo tener pueblos mas cultos que los que tenemos. En todas las repúblicas hispano-americanas el gobierno es privilegio de las minorias con relacion al número total de habitantes, y pasará muchos años antes que suceda lo contrario porque ello depende de causas que solo el progreso de nuestra civilizacion puede destruir.

En Chile, merced a la organizacion de los partidos, el gobierno ha estado siempre en manos de los hombres mas educados, no haciéndose diferencia alguna por razones de familia o de fortuna. La mayor parte de los ciudadanos que se han distinguido en la administracion y la política han hecho su carrera desde una condicion humilde, conquistando el respeto del pais por su talento y sus virtudes republicanas. Si eso se llama una oligarquía, aceptamos el calificativo; pero nos reservamos el derecho de aplicarlo tambien a las minorias que en las otras repúblicas hispano-americanas ejercen el gobierno a título de partidos políticos o de fuerzas militares organizadas para sostener a sus caudillos.

IV

Los Presidentes de Chile, dando con ello muestras de cordura y patriotismo, buscaron siempre como base de gobierno la adhesion de los partidos que mejor representaban las aspiraciones jenerales.

Santa María se apartó en hora desgraciada de esa prudente línea de conducta. En las elecciones de 1882 trató de anular a los partidos, y tomó a su cargo personal la designacion, uno por uno, de los diputados y senadores que debian representar a cada departamento o provincia de la República. Se ensañó especialmente contra el partido conservador y el radical, hasta el extremo de pretender que ni el uno ni el otro tuviesen representacion en el nuevo congreso. Al partido liberal no le trató con mayor consideracion, pues tuvo el pueril propósito de no dejar que los candidatos fuesen designados libremente, ni que cada uno trabajase por su eleccion en el pueblo donde tenia amigos y partidarios. El en persona formó las listas de diputados y senadores, él mismo determinó por su capricho el punto donde debia resultar electo cada uno, y el abuso fué tan completo que hubo elejidos cuyos nombres se avisaron por telégrafo a los intendentes y gobernadores res-

pectivos solo en la noche que precedió a la eleccion.

Los preparativos de este escándalo dieron lugar a la renuncia del ministro del interior, que se negó a aceptar su responsabilidad. Santa María encontró el hombre que necesitaba para ese fraude electoral en su ministro de relaciones exteriores. Balmaceda pasó a ser jefe del gabinete y desde ese dia tomó el rumbo peligroso que ha conducido a la República a la terrible crisis en que hoy se encuentra.

En aquellas vergonzosas elecciones se acudió a toda clase de fraudes y falsificaciones. En vez de valerse de la fuerza pública para ejercer violencias sobre los ciudadanos, se la empleó en hacer votar repetidas veces a los agentes de policía, en plajiar vocales de mesas receptoras y reemplazarlos por otros que tomaban sus nombres, en adulterar las actas de escrutinio y en otros delitos análogos. Santa María obtuvo así lo que deseaba, y su ministro del interior pudo despues afirmar que las elecciones habian sido excepcionalmente correctas, por cuanto no se citaba ningun acto de violencia ejecutado por la autoridad.

Para ser justos, debemos recordar que en este primer atentado para suprimir los partidos, Santa María contó con el apoyo de hombres y agrupaciones que no comprendieron que el ataque era

dirijido contra todos para cimentar el absolutismo personal en el gobierno.

El éxito acompañó a Santa María en la realización de su plan; pero en el mismo congreso formado por él hubo voces para condenar su política y llegó a organizarse una oposicion de importancia, mas por la capacidad y prestigio, que por el número de sus miembros.

Tres años mas tarde hubo nueva eleccion y se repitieron los mismos abusos, con circunstancias todavia mas graves. En esta ocasion, el ministro del interior, Balmaceda, se presentaba ya como candidato oficial a la presidencia de la República, y de consiguiente, tomó como cosa propia la tarea de hacer un congreso que debia durar hasta dos años despues que terminase el período de Santa María.

Este segundo atentado se consumó tambien con el apoyo de hombres políticos que, cegados por las pasiones que enjendran los choques de los partidos, no medían las consecuencias fatales que mas tarde habian de hacerse sentir contra el pais y contra ellos mismos.

Santa María, fué, sin embargo, ménos afortunado con este congreso que con el anterior. Al acentuarse definitivamente la candidatura oficial de Balmaceda, se produjo un poderoso movimiento de opinion en contra de ella. Se la combatia, no solo porque era el favorito de Santa

María y porque se mantenía en el miniterio para servirse de la administracion pública en su provecho, sino tambien porque habia la profunda conviccion de que le faltaban las condiciones de criterio y de prudencia mas indispensables para desempeñar la presidencia de la República.

La opinion se manifestó con tal enerjia en este sentido, que llegó a influir en el Congreso, determinando una actitud resuelta en contra del gobierno de poco ménos de la mayoría en la Cámara de Diputados y de un grupo notable de senadores. Hubo entónces en las cámaras una lucha ardiente que fué precursora de la que cinco años mas tarde ha precedido a la guerra civil.

Balmaceda no tenia en su favor sino los elementos oficiales de que dispone todo gobierno y un reducido número de liberales que habian perdido el rumbo que tocaba seguir a su partido. La ruina de su candidatura pareció inevitable en agosto de 1885, y se habria consumado irremisiblemente, si, por un error político que nunca será bien espiado, el partido nacional no se hubiese puesto al servicio de ella. La actitud de los nacionales aseguró la mayoría al gobierno en la Cámara de Diputados e impuso a Chile la presidencia de don José Manuel Balmaceda.

Debemos recordar aquí que el partido nacional se hizo cómplice tambien de un atentado de la fuerza pública contra la independendencia del con-

greso, abuso que despues ha servido de antecedente para justificar hechos mas graves.

La guerra a muerte a los partidos y la implantacion a firme del absolutismo personal, apartaron a Santa María del programa administrativo que le correspondia ejecutar. Ensoberbecido con el ejercicio del poder, quiso someterlo todo a su voluntad, y prefirió las satisfacciones efimeras que producen las lisonjas y el servilismo de los cortesanos al profundo respeto que los pueblos profesan a los que los sirven con desinteres.

El curso forzoso del papel moneda, que debió suprimirse luego que se hizo la paz con el Perú, fué mantenido con el único fin de acumular fondos para propósitos políticos. La administracion de la hacienda pública se resintió del mismo inconveniente. En vez de adoptar un plan financiero destinado a robustecer el crédito nacional e impedir los apetitos que provoca la riqueza en manos de los gobiernos, se aumentó caprichosamente el presupuesto de gastos ordinarios, no para satisfacer necesidades efectivas, sino para servir a los amigos y partidarios.

Antes de la guerra, el presupuesto de entradas de Chile no pasaba de 20.000,000 de pesos; sus gastos se ajustaban a la misma cifra y la administración pública nada dejaba que desear en cuanto a orden, trabajo y moralidad. La posesion esclusiva de la rejion del salitre duplicó la renta de

Chile por el impuesto que grava la esportacion de ese artículo. Los gastos administrativos de las provincias de Tacna, Tarapacá y Antofagasta, apenas suman en el año dos millones de pesos. Entre los gastos ocasionados y las rentas producidas por esos territorios, hai pues una diferencia de algunos millones.

No podia presentarse oportunidad mas propicia a un gobernante discreto para asegurar a su pais una sólida situacion financiera en el porvenir. La oportunidad fué perdida, el aumento de rentas sirvió solo para el aumento de gastos y el pais quedó condenado a dos plagas permanentes: la del papel moneda y la del inmenso número de chilenos que viven del presupuesto fiscal.

Hay que confesar tambien que en esa época, y como consecuencia del enriquecimiento del fisco y de la mala política, se vió aparecer por primera vez en Chile la corrupcion administrativa en su forma mas dañina.

El presidente Santa María fué un hombre honrado en cuestiones de dinero. Con su trabajo profesional como abogado, formó, antes de ser ministro de la Corte de Apelaciones, una modesta fortuna, cuya renta, unida a su sueldo, le permitia vivir con desahogo. Cuando salió de la Moneda su fortuna estaba disminuida, porque los gastos de representacion le habian obligado a consumir tambien parte del capital. Esto debe decirse

en descargo de sus errores, porque en Chile es un hecho que todos reconocen y que está comprobado además por la liquidación de los bienes que dejó a su fallecimiento.

Pero los extravíos de la pasión política llevaron a Santa María al extremo de tolerar que la administración de su país perdiese su tradicional pureza. Ni su honradez personal, ni la educación de su carácter en largos años de ejercicio judicial, ni el triste ejemplo que ofrecía la historia del Perú, le movieron a oponer un dique poderoso a la corriente de vicios que amenazaba caer sobre Chile como consecuencia de una guerra afortunada y de una riqueza repentina. Ello da la medida de la perturbación moral que producen en los gobernantes la tendencia al absolutismo y los actos de que fatalmente tienen que valerse para establecerlo.

V

Balmaceda inauguró su administración el 18 de setiembre de 1886. No tenía más experiencia como hombre de gobierno que la que pudo recoger en cuatro años de ministerio al lado de Santa María. La escuela, como se ve, era muy peligrosa; por otra parte, Balmaceda había sido el principal usufructuario de la política de su predecesor

y su nombre estaba ligado a todos los actos de éste. Sobraban, por consiguiente, los motivos para temer que en el período de su gobierno se acentuaran aun mas los propósitos absolutistas que ya imperaban en la Moneda.

El Congreso elegido en 1885 tenia vida propia hasta su renovacion constitucional en 1888. La fuerte oposicion que se habia organizado contra la candidatura de Balmaceda estaba en pié aguardando los primeros actos del nuevo Presidente. En la campaña electoral Balmaceda se vió sostenido por la intervencion del gobierno con todos sus poderosos elementos y por una coalicion política del partido nacional con fracciones del partido liberal. Una vez que se vió en la presidencia, él dirijió sus esfuerzos a desarmar la oposicion en las Cámaras, porque, si como candidato habia tenido que aceptar la lucha parlamentaria, como jefe del Estado necesitaba evitarla para ejercer el gobierno con tranquilidad.

A este objeto obedeció la designacion como ministro del interior de don Eusebio Lillo. Este caballero, por la moderacion de su carácter, por su alejamiento de la política militante, por su probidad y su patriotismo, era prenda de conciliacion. El pais lo comprendió así y aplaudió su nombramiento. En el Congreso produjo tambien un efecto saludable. En el gabinete hubieron de tener sus representantes el partido nacional y las

fracciones liberales que sirvieron a la elevacion de Balmaceda; esto era inevitable y no produjo recelos, porque la presencia del señor Lillo bastaba para dar acentuacion patriótica a la nueva política.

Desgraciadamente este primer gabinete fué de muy corta duracion. Balmaceda no supo o no pudo dar al señor Lillo, en quien todos tenian confianza, la posicion que le correspondia para apaciguar los odios enjendrados entre los partidos y para apartarlos del terreno en que disputaban estérilmente llevándolos a trabajar con provecho en la administracion. Un incidente político en el Congreso dió lugar a la renuncia del gabinete. Balmaceda dejó alejarse al señor Lillo y conservó a su lado a los amigos que habian formado el centro de apoyo a su candidatura.

Este suceso tuvo una importancia decisiva, que se manifestó en los acontecimientos posteriores. La conducta del partido nacional, cuando se puso al servicio de la candidatura de Balmaceda, asegurando su triunfo, le habia atraído la enemistad profunda de los conservadores, los radicales y los liberales de oposicion. El retiro del señor Lillo hizo ver que la influencia de los nacionales en la Moneda no tenia contrapeso alguno. Estaban allí para aprovechar las ventajas que les daba la gratitud del presidente.

Desde esa fecha ya comenzó a diseñarse la pre-

tension de elevar a la presidencia a uno de los suyos despues de Balmaceda. Eso era anticiparse demasiado, porque en cinco años la rueda de la fortuna habia de dar numerosas vueltas; pero el mismo Balmaceda se complacia en tentarlos por ese medio a fin de asegurarse su adhesion incondicional. Mas tarde se ha visto que la conducta de Balmaceda con los nacionales era pérfida y que se burlaba de ellos explotando sus ambiciones sin pensar en satisfacerlas.

La política de Balmaceda no podia ser otra que la que habia practicado como ministro de la administracion anterior. Deseaba para sí la misma omnipotencia de que se armó Santa María, y con tal objeto necesitaba destruir a los partidos que tenian prestigio y ejercian influencia sobre la opinion. Los favores que públicamente concedia al partido nacional hacian parte de una complicada intriga destinada a perderlo mui poco tiempo despues. Manifestando a ese partido una marcada preferencia, a título de gratitud por los servicios prestados a su candidatura, Balmaceda se proponía irritar el odio que los otros partidos le profesaban para hacer imposible todo acuerdo entre ellos. Logrado este fin, llevó mas adelante su maquinacion y comenzó a hablar de la conveniencia de abrir camino a la union política de todas las agrupaciones liberales.

Buscó a sus antiguos adversarios, solicitó su concurso para iniciar una política de conciliación y produjo una crisis ministerial para dar entrada en el gabinete a representantes del liberalismo de oposición. En apariencias la unión quedó hecha; pero el antagonismo entre el partido nacional y los otros partidos quedaba en pie y fué creciendo en la misma Moneda, fomentado mañosamente por el Presidente. Lo que éste había buscado no era la unión de los partidos liberales, que les habría hecho irresistibles en el país y en el Congreso; su propósito era tenerlos a todos en negociaciones con él, hacer concebir a cada uno esperanzas de predominio en el gobierno y de ese modo conservar las rivalidades que existían entre ellos y neutralizaban su acción.

En esas circunstancias Balmaceda se propuso deslumbrar al país con un vastísimo plan de obras públicas y con la adquisición de poderosos elementos de guerra, que estimaba indispensables para consolidar la influencia que a su juicio debía ejercer Chile en la política hispano-americana. En cuanto al primer punto era indiscutible la conveniencia de completar la construcción de la línea férrea que atraviesa el país de norte a sur y de estudiar con reposo la ejecución de otros trabajos útiles en diversas localidades. En

cuanto al segundo punto, era evidente que Balmaceda obedecía a un propósito determinado, que mantenía en secreto, o a una errada apreciación de la conducta que a Chile le correspondía observar en sus relaciones internacionales: en uno u otro caso el deber y el patriotismo aconsejaban a todos los partidos oponerse a la realización de un proyecto que, léjos de responder a peligros efectivos, podía dar lugar a que éstos se produjesen.

Las rivalidades de los partidos por una parte, y la proximidad de las elecciones de diputados y senadores por la otra, fueron causa de que Balmaceda no encontrase obstáculos sérios para preparar la ejecución de esos proyectos. Los hombres políticos, perturbados por las intrigas que a todos los tenían divididos, solo pensaron en asegurarse sus asientos en el Congreso que debía elejirse en 1888. Todo lo sacrificaron a este fin, incurriendo muchos de ellos en la deplorable falta de aceptar candidaturas netamente oficiales, con la cual desautorizaban sus trabajos de dos años atrás contra la intervencion del gobierno en las elecciones. Así avanzaba Balmaceda por el sendero que habia de llevarle a la dictadura y sus principales colaboradores eran los mismos partidos que él trataba de destruir.

Las elecciones para el Congreso de 1888 se hi-

cieron con un lujo extraordinario de fraudes. En el departamento de Santiago se procedió con el mayor cinismo a la fabricacion de mayores contribuyentes *ad hoc* para tener vocales seguros en las mesas calificadoras y receptoras. El procedimiento consistia en finjir que un agente electoral tenia alguna industria o comercio establecido, en presentarse al intendente pidiendo que se le clasificase para los efectos de la contribucion de patentes y en pagar efectivamente el impuesto. La operacion, inmeral y fraudulenta en el fondo, quedaba revestida en la forma de todos los requisitos exigidos por la lei electoral y estos mayores contribuyentes falsificados entraban a desempeñar las funciones que correspondian a los lejítimos. Fueron inspiradores de esta maldad y proporcionaron los fondos para realizarla, personas que ocupaban alta posicion en los partidos; sus ejecutores fueron los politiqueros de oficio, los agentes de policia secreta y otros instrumentos que hoi sirven a la dictadura con la misma moralidad con que entónces sirvieron a la falsificacion electoral. Hai necesidad de decir estas cosas con franqueza porque los errores no se corrijen y las culpas no se espían sino teniendo la honradez de reconocerlas para escarmiento en lo futuro.

VI.

El modo como se efectuaron esas elecciones hizo creer a Balmaceda que ya tenia el campo abierto para ejecutar sin resistencias sus planes de omnipotencia personal. Veia a los partidos separados por odios profundos y desacreditados ante la opinion por su reciente conducta. Resolvió entonces precipitarlos a la ruina, haciéndoles chocar ruidosamente en el Congreso y en la prensa. El partido nacional, objeto poco antes de tantas manifestaciones de gratitud por sus valiosos servicios al candidato, fué la víctima escojida por el Presidente para el sacrificio que su política personal exijia. Balmaceda llamó a su lado un gabinete en el cual dominaban los grupos liberales que hicieron oposicion a su candidatura; los nacionales tuvieron que abandonar la Moneda y pronto fueron denunciados en el Congreso por los ministros, representantes del Presidente, como los políticos mas peligrosos que habia en la República. Se les declaró hombres sin patriotismo y sin convicciones, que tomaban parte en la política movidos solo por el deseo de obtener ventajas a la sombra del poder. El reproche era sangriento, puesto que venia autorizado por Balmaceda, que debia en realidad la presidencia a la adhesion absoluta de ese partido en el momento preciso

en que su candidatura corrió el riesgo de ser abandonada por Santa María.

Este incidente produjo grande agitacion política. Las rivalidades de los partidos aumentaron y hubo guerra sin cuartel entre ellos. El tono de la prensa en esas circunstancias acusaba estrema- da violencia en todos los ánimos. Balmaceda aprovechó esta situacion para descubrir un poco mas sus intenciones. Hasta entónces habia hecho despertar esperanzas en todos los grupos, halagando sus ambiciones a fin de neutralizarles; pero habia tenido cuidado en no manifestar el fin concreto que perseguia con tantas maquinaciones. Considerando que ya pisaba sobre terreno sólido, se decidió a descubrir su juego e hizo aparecer ante el pais, como el único hombre de su confianza, como su favorito, a don Enrique S. Sanfuentes, diestro especulador de bolsa que, despues de liquidar buenas ganancias, se habia dedicado al cultivo de una propiedad agrícola.

Sanfuentes jamas habia tomado parte en la administracion pública, de modo que llevaba al gobierno, no el buen consejo de un hombre experimentado, sino las perturbaciones que en cualquier negocio produce la falta de preparacion conveniente. Su filiacion política era tambien desconocida. Ningun partido le contaba en sus

filas; habia motivos para creer que sus ideas le acercaban a los conservadores, pero no tenia compromisos con ellos. En realidad Sanfuentes era uno de tantos individuos que viven consagrados exclusivamente a sus negocios personales y no se interesan por nada ni por nadie. Encerrado en su egoismo, miraba con absoluta indiferencia la política y la administracion pública.

¿Por qué entónces se fijó en él Balmaceda para improvisarle hombre de Estado e imponerle como su sucesor en la presidencia de la República? Este absurdo capricho ha sido justamente la causa decisiva del conflicto que hizo inevitable la guerra civil. Balmaceda tenia antiguas relaciones de negocios con Sanfuentes; éste era su agente comercial, administraba sus bienes y le proporcionaba fondos cada vez que los necesitaba. El hecho es notorio en Santiago y puede comprobarse en los archivos de los escribanos, porque las operaciones se hacian por medio de escrituras públicas. Esos negocios eran lícitos y no daban lugar a observacion alguna; pero cuando Balmaceda llevó a Sanfuentes a la Moneda y le presentó como su favorito, la opinion unánime del país se pronunció en contra de esa pretension, condenando con severidad la osadía del gobernante que por favor o interes personal queria disponer del poder público.

Pero Balmaceda no atribuyó importancia a estas manifestaciones de la opinion. Confiaba demasiado en la discordia de los partidos y tenia la certidumbre de que le seria mui fácil seguir explotando sus odios. En su concepto la candidatura de Sanfuentes era un hecho consumado, que el país aceptaria sin protestas una vez que viese en el Congreso mayoría para apoyarla. A fin de obtener mas pronto este resultado y de procurar a su favorito algun prestigio, trató de asociar su nombre a las obras públicas que proyectaba dejar en recuerdo de su administracion.

En este camino la política personal de Balmaceda fué mui poco afortunada. Todo lo sacrificó al mezquino propósito de ejecutar trabajos que quedasen terminados antes del 18 de setiembre de 1891. Poco o nada significaba para él que las obras fuesen construidas con solidez y economía; su único deseo era dejarlas inauguradas ántes de concluir su período presidencial para eterna memoria de su actividad. Sanfuentes, cuya posicion dependia solo de un capricho de Balmaceda, no podia tener otra línea de conducta que complacerle, anticipándose, si era posible, a adivinar sus deseos.

El Congreso habia votado, con censurable precipitacion por motivos políticos, una lei que au-

torizaba la construcción simultánea de varias líneas férreas y la contratación de un empréstito estero por valor de tres millones de libras esterlinas. Con planos a medio hacer por la Dirección de obras públicas, se pidieron propuestas en Europa y Estados Unidos para la construcción de aquellos ferrocarriles. La deficiencia de los planos fué un obstáculo para que se interesasen proponentes serios; sin embargo, se trasladó a Chile un ingeniero belga, representante de fuertes capitalistas, y manifestó, ofreciendo toda clase de garantías, que estaba autorizado para contratar los trabajos, siempre que se sometiesen a nuevo estudio los planos y presupuestos y que el término para la construcción no fuese forzado por motivos políticos ajenos a la obra.

Junto con dicho ingeniero belga llegó a Santiago un señor Lord, titulado gerente de una sociedad norte-americana que se llamaba Compañía Constructora de Ferrocarriles de Norte y Sud-América. El señor Lord se puso al habla con el Presidente, aceptó sin modificaciones los planos, los presupuestos y el plazo para construir los ferrocarriles y ofreció cuanto se le pedía para facilitar el negocio. Balmaceda encontró en Lord el empresario que necesitaba, es decir, un hombre que, lejos de poner estorbos en su camino por motivos científicos o comerciales,

iba mas adelante que él y abria horizontes a su cabeza ajitada por la fiebre de las grandes construcciones.

El ingeniero belga fué desatendido y se firmó un contrato con Lord para construir en tres años y por planos incompletos, varias líneas férreas que necesitaban a lo menos ocho años de plazo para ser ejecutadas con conciencia. Para los efectos de ese contrato Sanfuentes fué nombrado ministro de obras públicas en reemplazo de un distinguido caballero que ocupaba dicho puesto y se negó a aceptar un negocio hecho en condiciones tan irregulares.

Este triste negociado dejó mui pronto en descubierto a Balmaceda y Sanfuentes. Luego se supo que en Estados Unidos no era conocida la tal sociedad de que se titulaba jerente el contratista Lord. Un grupo de especuladores norte-americanos habian constituido esa asociacion en Chicago con el esclusivo objeto de explotar el contrato ofrecido por el gobierno de Chile. Su nombre era pomposo y bastaba para cubrir sus pretensiones; pero no tenia capital alguno, ni siquiera para una dar garantia de cumplimiento del contrato. Cuando fué necesario, por mandato de la lei, que se constituyese garantía, Balmaceda se contentó con lo único que Lord le ofrecia: una fianza en Nueva York otorgada por los mismos miem-

bros del sindicato y por valor de un millon de pesos.

Los trabajos comenzaron algunos meses despues, pero con tantas informalidades y abusos, que los ingenieros de la Direccion de obras públicas hubieron de protestar desde el primer momento, declinando toda responsabilidad en el engaño. Balmaceda se obstinó en sostener a los contratistas, y así se ha producido una situacion de la cual nacen graves dificultades para el futuro gobierno de Chile.

En esa misma época Balmaceda consiguió realizar su otro proyecto preferido, mandando construir un considerable armamento de mar y tierra. Hombre de espíritu inquieto y aficionado, mas que al trabajo sério del gobernante, a las innovaciones caprichosas del político que busca popularidad, Balmaceda queria persuadir al pais de la necesidad de estar bien armado porque habia peligros que le amenazaban.

La discordia de los partidos fué causa de que el Congreso sancionase una política tan imprudente que podia llevarnos a delicadas complicaciones internacionales. Las sumas invertidas en armamento por contratos hechos en 1888 y 1889 pasan de dos millones de libras esterlinas. Esto no era sino el comienzo de la trasformacion militar de Chile tal como Balmaceda la concebía. Su

plan consistia en convertir nuestra dilatada costa, desde Tarapacá hasta Chiloé, en una gran fortaleza protegida por la mas poderosa artillería, por la construccion de un puerto militar en la laguna de Vichuquen y por un ferrocarril, que llamaba estratégico, entre Iquique y Santiago. La simple enunciacion de estas ideas revela la debilidad del cerebro que las ha concebido, porque Chile ni con diez millones de habitantes podria soportar el peso de aquella armadura militar. Sin embargo, Balmaceda las ha sostenido y ahora mismo insiste en ellas presentándolas como las grandes previsiones de su experiencia de estadista americano.

VII.

La investidura de Sanfuentes como candidato oficial desarmó la intriga con que Balmaceda tenia neutralizados a los partidos. Estos comprendieron por fin que sus divisiones habian sido fomentadas por el Presidente con el propósito fijo de perderlos para implantar sobre ellos y con su apoyo el réjimen personal de gobierno. El reconocimiento de un peligro comun y acaso tambien un tardío arrepentimiento de sus faltas, movieron a los partidos a dar tregua a sus odios.

Los nacionales estaban alejados de la Moneda ; Balmaceda tenia un gabinete compuesto de liberales y radicales. En los últimos meses de 1889 el gabinete exigió del Presidente una declaración explícita sobre la candidatura Sanfuentes. Sorprendido con un paso que jamás había esperado, Balmaceda produjo en el acto una crisis ministerial y llamó a los nacionales, sus perseguidos de la víspera, para devolverles los favores de que los había despojado.

El partido nacional se condujo en estas circunstancias con patriotismo y nobleza. Rechazó sin vacilaciones las ofertas del Presidente y ofreció seguridades a los partidos que salían de la Moneda de que no aceptaría combinación alguna que no diese por resultado un gabinete parlamentario. La crisis ministerial se prolongó por muchos días. Balmaceda se resistía a creer que estaba envuelto en sus propias redes y que la unión de los partidos para resistirle era sólida. Cuando se hubo convencido de la verdad del hecho, aparentó someterse a la situación que se le creaba aceptando la organización de un gabinete que reflejaba la composición de las mayorías en ambas ramas del Congreso.

Esto sucedió en el mes de octubre de 1889, época en que aun no se había aprobado la ley de

presupuestos para el año siguiente. Esta arma poderosa en manos del parlamento chileno le daba autoridad bastante para detener al Presidente de la República en la política personal que venia practicando desde el principio de su administracion. Usada con discreta enerjia en las circunstancias a que nos referimos, Balmaceda se sintió débil, buscó el apòyo necesario del Congreso para gobernar y obtuvo, por medio del nuevo gabinete, no solo la lei de presupuestos, sino tambien varias otras de capital importancia.

En el sistema político consagrado por la constitucion chilena de 1833, el Presidente de la República tiene la plenitud del poder con la única condicion de gobernar siempre de acuerdo con el Congreso para que éste vote las leyes de contribuciones, de presupuestos y de ejército permanente. Este sistema, teniendo muchos defectos, fué provechoso en Chile, porque constituyó un ejecutivo fuerte en la época de la organizacion del pais y evitó el despotismo por la influencia práctica reservada al Congreso en la marcha política.

El presidente Balmaceda, que mas tarde ha desconocido las facultades privativas del Congreso, las reconoció en octubre de 1889 con sacrificio de su amor propio, que ya estaba empeñado en

dominarlo todo. El antecedente es de la mayor importancia para juzgar su conducta en los acontecimientos que se produjeron despues.

El gabinete parlamentario no tuvo vida sino hasta enero de 1890. Apenas hubo despachado el Congreso, por acto de confianza en el gabinete, todas las leyes que el Presidente necesitaba para gobernar, fué cerrado sorpresivamente el período legislativo extraordinario y los ministros, por exigencia directa de Balmaceda, tuvieron que presentar sus renunciias. Este acto de refinada perfidia política se ejecutó con detalles que aumentaban su gravedad hasta el punto de hacer comprender a los observadores tranquilos que desde ese momento Chile estaba condenado a deponer al Presidente o a prepararse para la guerra civil. El ultraje al Congreso fué, en efecto, acompañado de una falta gravísima: el Presidente de la República engañó a sus ministros hasta media hora ántes de despedirlos, violando la palabra del caballero y la buena fé del gobernante. ¿Quién podia entónces esperar que hubiese cordura, desinterés y patriotismo en un mandatario que no respetaba ni su propia dignidad cuando ésta era un obstáculo para la ejecucion de sus caprichos?

La formacion del nuevò gabinete acentuó mas aun el significado del reto que Balmaceda lanzaba

al Congreso y a la opinion pública. Llevó a la Moneda seis personas escojidas para servir de instrumento a sus planes e imponer la candidatura de Sanfuentes. Esto último era el objetivo de todos sus esfuerzos; a ello subordinaba, sin medir las consecuencias, los deberes de su cargo, los derechos del pueblo que debia administrar, el cumplimiento de la Constitucion y las leyes. El pais contestó al reto del Presidente asumiendo en todas partes una actitud resuelta en favor del Congreso, en quien veia encarnada la honrosa tradicion de medio siglo de buen gobierno.

Balmaceda ha tenido el defecto capital de no creer en la honradez humana y de considerar que los hombres, cualesquiera que sean su carácter y sus aptitudes, sirven para todo lo que de ellos quieran exigir los poderosos. El ve en los hombres solo las flaquezas. Perturbado por esta influencia malsana, espera siempre llegar a sus fines, no por los caminos fáciles que se abren siempre a los hombres sinceros, sino por las tortuosas vías de la intriga y la corrupcion. Estos fueron los resortes que se propuso tocar en aquellas gravísimas circunstancias para desorganizar la union parlamentaria de los partidos liberales en los cinco meses que debia durar el receso del Congreso. Diariamente aseguraba a sus palaciegos que tenia la certidumbre de contar con

mayoría en la próxima sesión; estas seguridades eran afianzadas con los nombres de diputados y senadores a quienes ya daba por corrompidos y ganados a su causa.

Por fortuna, los partidos liberales, que tantas faltas habían cometido en servicio de Balmaceda, supieron conducirse dignamente ante las intrigas y tentaciones con que se les provocaba. La unión se mantuvo del modo más estrecho con el propósito inquebrantable de hacer respetar los fueros reservados al Congreso por la Constitución. Aquello debió abrir los ojos a Balmaceda, manifestándole que los hombres tienen, junto con sus flaquezas, nobles cualidades, y que, cuando estas dominan, no son los resortes de la corrupción los que pueden sofocarlas. La lección no fue aprovechada, sin embargo, y la resistencia de los liberales a estas intrigas llevó a Balmaceda a cosechar otra enseñanza análoga en el campo del partido conservador.

Este partido vivía alejado del gobierno desde hace cerca de 20 años. Su responsabilidad no estaba por consiguiente comprometida en la mala política que dominó en la Moneda desde los primeros tiempos de la administración Santa María. Con frecuencia había hecho oír su voz en el Congreso para denunciar el mal rumbo que llevaba la da

ministracion pública y condenar a los gobernantes y políticos que, por satisfacer malas pasiones, conducian al pais a un abismo de corrupcion.

Balmaceda se imaginó que podia sacar ventajas del ostracismo en que habia vivido el partido conservador y de los agravios que en repetidas ocasiones le habian hecho los partidos liberales. Se acercó a sus mas prestigiosos miembros, ofreció abrirles las puertas de la Moneda para que entrasen en ella como dominadores, tocó cuanto recurso le sugeria su inquieta imaginacion para corromperles; todo fué en vano, porque el partido conservador se mantuvo fiel a su bandera y prefirió correr, en compañía de sus adversarios, todos los riesgos de una lucha contra el despotismo antes que convertirse en verdugo de las instituciones de su patria y en instrumento de ajenos crímenes.

Consuela dar testimonio de conducta tan honrosa, porque ella permite esperar que, despues de la guerra civil, habrá elementos organizados para rejenerar al pais y estirpar la lepra dejada por diez años de política corrompida.

VIII.

Balmaceda perdió la confianza en el éxito de sus intrigas cuando, aproximándose la apertura

del período legislativo ordinario, vió que, sin atraerse a ninguno de los liberales, habia precipitado a los conservadores a entenderse con aquellos.

Urbido por las dificultades buscó la salvacion en un golpe de teatro, que produjo resultados diametralmente opuestos a los que perseguia. En vísperas de abrirse el Congreso, llamó al ministerio del interior a Sanfuentes e hizo que éste dirigiese una circular telegráfica a los intendentes y gobernadores anunciando que retiraba su nombre de la contienda electoral. Este acto escénico no podia alterar la situacion en que Balmaceda se habia colocado respecto del Congreso por la clausura violenta de las sesiones extraordinarias y la caida del último gabinete parlamentario. La presencia de Sanfuentes no evitaba la interpelacion con que necesariamente iba a inaugurarse la sesion legislativa; al contrario, la hacia indispensable, porque al ultraje venia a agregarse la burla de ofrecer como satisfaccion el nombramiento de jefe del gabinete hecho en la persona del favorito presidencial. En cuanto a la renuncia de la candidatura Sanfuentes, nadie pudo engañarse: la esperiencia cosechada en cuatro años de perfidias quitaba todo valor a la palabra y a las promesas de Balmaceda.

El Congreso abrió sus sesiones el 1.º de junio.

El debate sobre la política personal del Presidente se inició inmediatamente en cada una de las cámaras. No podía darse una situación mas difícil para el hombre que con su candidatura habia causado el conflicto y que ahora se presentaba en el carácter de ministro del interior. Si la sinceridad y el patriotismo le hubiesen acompañado en esa hora solemne, una sola palabra le habria bastado para aplacar la tormenta que parecia pronta a descargarse sobre el pais. La tranquilidad hubiera vuelto a todos los ánimos a la primera manifestacion de que el Presidente de la República se mantenía fiel al mandato constitucional, que le ordenaba buscar el acuerdo del Congreso en el ejercicio del gobierno. El jefe del gabinete tomó, por desgracia, otro camino y declaró que los ministros eran *presidenciales*, que negaban al Congreso el derecho de ejercer influencia sobre la marcha política y que permanecerian en sus puestos, aun cuando se les diesen votos de censura, mientras contasen con la confianza de Balmaceda. La arrogancia del ministro fué mas lejos aún: declaró que para él y sus colegas habria honra en recibir las censuras del parlamento!

Las cámaras aprobaron por grandes mayorías los votos de censura, los ministros anunciaron que no volverian a las salas de sesiones y así el

Congreso y el Presidente de la República quedaron en entredicho.

El 5 de junio espiraba el plazo de diez y ocho meses fijado a la lei de contribuciones vijente y correspondia al Congreso ejercer el mas importante de los derechos que la Constitucion le confiere. Los impuestos no pueden cobrarse sino en virtud de lei especial dictada periódicamente en forma análoga a la que fija los gastos públicos y la que autoriza la existencia del ejército y la armada. La Constitucion no contiene, por innecesario, un artículo espreso que ordene al Presidente de la República gobernar de acuerdo con el Congreso; pero pone en manos de éste la facultad de conceder o negar a aquel los recursos y elementos indispensables para ejercer el gobierno. De este mecanismo resulta que el Presidente, para desempeñar sus funciones, necesita el apoyo constante del Congreso y tiene que buscarlo, segun la práctica tradicional, organizando sus ministerios de modo que inspiren confianza al parlamento.

Guiado por su amor propio y acentuando sus tendencias al absolutismo, Balmaceda cortó relaciones con el Congreso en el momento que mas necesitaba cultivarlas con esmero a fin de conseguir el despacho de la lei de contribuciones. La consecuencia no se hizo esperar. En ambas cáma-

ras se acordó el aplazamiento de aquella lei hasta que se presentase un gabinete que, inspirando confianza al Presidente de la República, la mereciese tambien de parte del parlamento. Balmaceda prolongó esta crisis hasta el mes de agosto, porque daba mucho mas valor al capricho de imponer su voluntad que a las perturbaciones de toda especie producidas en la administracion pública y en la sociedad por un acontecimiento tan anormal.

En esta emergencia le sirvió tambien para resistir una fuerte acumulacion de fondos que los partidos, con su mala política anterior, habian autorizado en arcas fiscales. Por complacencia con Balmaceda los partidos liberales le tuvieron siempre con sobrantes disponibles para dar pábulo a su inclinacion al derroche en las obras públicas. Ahora venian a sentir el peso de sus propias faltas y a comprender que los caminos torcidos, en la política como en la vida diaria, conducen siempre a mal fin.

La gravedad del peligro asustó, sin embargo, a Balmaceda. Tuvo tambien marcada influencia en su ánimo la revolucion de Buenos Aires contra el Presidente Juarez, ocurrida en aquellas circunstancias. El aislamiento en que viven estas naciones no alcanza a destruir los efectos necesarios de la vecindad. La opinion pública de

Chile, sin preocuparse de los detalles de la política argentina, recibió con júbilo, como anuncio de mejores tiempos, la noticia de haber estallado en Buenos Aires una revolución en la cual fraternizaban el ejército, la armada y el pueblo para defender las libertades públicas. La impresión en la Moneda fué de espanto, porque allí se temió que el ejemplo fuese contagioso y encendiese en los corazones el deseo de buscar también con las armas la solución del conflicto. El hecho fué que Balmaceda entró en arreglos desde el primer anuncio de la revolución contra el presidente Juárez, y que se obtuvo la organización de un ministerio que en agosto se presentó en las cámaras y mereció la alta confianza de recibir sin demora la ley de contribuciones.

Era la segunda vez que Balmaceda retiraba el reto lanzado a la opinión y al Congreso, reconociendo con ello que el verdadero régimen constitucional le obligaba a ejercer el gobierno de acuerdo con el parlamento. Pero, si tenía flexibilidad para someterse a última hora y retirar sus amenazas en presencia del peligro, jamás tuvo lealtad para cumplir los compromisos contraídos bajo la fé de su palabra. La perfidia constituye la esencia de su carácter. Quince años de intriga política en la Cámara de Diputados le acostumbraron al engaño como

ajente para dividir a los partidos y a la audacia sin escrúpulos para conseguir el éxito. Como Presidente de la República ha practicado esas mismas reglas de conducta y por eso no hai partido ni hombre político que, despues de acercarse a él en la Moneda, haya podido conservarle respeto.

El gabinete patriótico organizado en agosto de 1890 solo tuvo dos meses de vida: presentó su dimision en el mes de octubre porque Balmaceda, que ya tenia lei de contribuciones, lo miraba y lo trataba como un estorbo para su política. Se repitió, con circunstancias agravantes, el escándalo del mes de enero. Los ministros, que habian salvado al presidente en su segundo conflicto con el Congreso, salian despedidos de la Moneda porque su presencia allí era innecesaria cuando el engaño estaba ya consumado.

Esta nueva crisis ministerial fué simultánea, como la anterior, con un decreto que clausuraba por sorpresa las sesiones extraordinarias del congreso. Aquel fué el acto decisivo por medio del cual reveló Balmaceda que ya se sentia con fuerzas para derribar, sin consideraciones ni debilidades, el viejo edificio de nuestras instituciones constitucionales. Llamó a su lado para formar gabinete a hombres bien escojidos con el doble propósito de usarlos como instrumentos del crí-

men que meditaba y de encontrar en ellos, por el carácter que les era conocido, consejeros dispuestos a recomendarle las mayores violencias.

No podia ocultársele que el golpe de Estado contra el Congreso empujaba al país a la revolución. Por pacífico que sea un pueblo, por mucho precio que dé a la tranquilidad personal y a la seguridad de los bienes de fortuna, hai momentos en que justa indignacion se apodera de los ciudadanos y les arrastra al sacrificio en defensa de sus derechos de hombres libres. La mansedumbre tradicional de los chilenos, que siempre los hizo aparecer ante América como un pueblo nacido para la esclavitud política, no podia ser tanta que tolerasen impasibles la proclamacion de la dictadura por la voluntad de un solo hombre contra la lei, contra la justicia, contra sesenta años de gobierno constitucional.

Revolucion fué la palabra de orden en todo el país cuando se supo que Balmaceda anunciaba su voluntad de gobernar sin leyes de presupuesto y de ejército permanente. Los miembros del Congreso habrian podido dar estímulo a ese movimiento de opinion y encaminarlo en el acto con enerjía al único fin práctico de aquel conflicto. Acaso una demostracion popular en toda la República habria bastado para detener al gobernante extraviado al borde del abismo. Perdido ese pri-

mer instante de indignacion pública y de posible vacilacion en la Moneda, la dictadura preparó tranquilamente sus fuerzas militares, las distribuyó en forma adecuada a la ejecucion de sus planes y esperó el desarrollo de los acontecimientos. El Congreso, entretanto, haciéndose representar por la Comision Conservadora, reclamaba en vano que se le convocase a sesiones extraordinarias para discutir las leyes de presupuesto y de ejército permanente. Veia los aprestos militares de la dictadura y nada hacia para contrarrestarlos porque a toda costa queria conservar la legalidad. Parece tambien que la mayoría se inclinaba a creer que a última hora, como ya habia sucedido dos veces, Balmaceda retrocederia espantado de su propia obra y de su responsabilidad ante la historia.

El 1.º de enero de 1891 el *Diario Oficial* notificó al pais que por obra del Presidente de la República quedaba destruido el réjimen constitucional. En respuesta a esa notificacion el Congreso levantó un acta declarando a Balmaceda depuesto de la presidencia.

La agitacion que estos acontecimientos produjeron fué inmensa. Se estaba viviendo sobre un volcan que podia estallar de un momento a otro; pero nada habia organizado y por tanto, la suerte de la República quedaba a merced de lo impre-

bitos. Hubo seis dias de mortal ansiedad durante los cuales el patriotismo se sentia herido de muerte por temor de que el crimen dominase sin encontrar resistencia. Por fin, el 7 de enero supo el pais con inmenso júbilo que la Armada nacional, la institucion que por su disciplina, su moralidad y sus glorias honra mas a Chile, se ponía a las órdenes del Congreso para restablecer el réjimen constitucional.

La obsecacion de un hombre ensoberbecido por el mando puso término a un largo período de paz interna y lanzó al pais en los azares de la guerra civil. Con amargura en el corazon, pero con firmeza en la voluntad, los ciudadanos aceptaron el sacrificio, porque solo a este precio podian conservar, para trasmitirlos a sus hijos, los derechos que les legaron sus mayores. La paz constituye la base de la felicidad, así para los pueblos como para las familias; pero la paz no consiste en vivir sumiso a un gobernante que destruye las leyes y las reemplaza por sus caprichos, sino en vivir libremente al amparo de la justicia y respetando cada individuo los derechos de los demas para que sea respetado tambien su propio derecho. La guerra civil de Chile tiene por objeto reconquistar la paz en la lei y la justicia; por eso el pueblo acude en masa a las filas del ejército constitucio-

nal donde quiera que se ve libre de las bayonetas de la dictadura.

IX.

La esposicion que precede contiene con toda verdad los hechos capitales que han producido la actual crisis en Chile. Vamos ahora a condensar la apreciacion histórica que de estos hechos se deriva.

La guerra civil de Chile es una consecuencia directa del éxito obtenido hace diez años en la guerra contra el Perú y Bolivia y del mal uso que se hizo de la riqueza fiscal adquirida con la anexion de Tarapacá.

La vida de los pueblos, como la de los individuos, está sujeta a las leyes que se cumplen fatalmente del mismo modo que las leyes físicas o astronómicas. No hai acto alguno, por insignificante que parezca, que no produzca complicadas consecuencias; por lo mismo, no hai tampoco acontecimiento de importancia en la historia de un pueblo, cuyo oríjen no venga de una série de causas anteriores a las cuales los contemporáneos no daban acaso gran valor.

Nunca necesitó Chile tanta moralidad en su réjimen administrativo y tanta patriótica abnegacion en sus gobernantes como despues de la

guerra con los aliados en 1881. Dos años de operaciones militares con un numeroso ejército en territorio extranjero tenían que ejercer mala influencia en los hábitos pacíficos del pueblo. La prolongada ocupacion del Perú obligó a mantener en aquel país un crecido personal de empleados civiles y militares que en su mayor parte se creían señores del país y procedían impunemente como tales. Los resortes de la administracion se relajaron en el territorio peruano al contacto de los jérmenes de corrupcion que allí habian quedado. Este contagio funesto no encontró resistencia séria, porque faltaba, en los servicios administrativos improvisados en el Perú, la disciplina propia de los servicios que existen con organizacion permanente. El aumento extraordinario de la renta fiscal¹ por el impuesto sobre la esportacion del salitre, constituia por sí solo un peligro mas grave que todos los otros reunidos, por cuanto iba a servir de tentacion a la codicia de muchos y a perturbar a los partidos dominantes.

El estado de guerra produce siempre consecuencias análogas a las que dejamos indicadas. No es posible armonizar con la rectitud y la justicia un duelo a muerte entre dos pueblos. En la guerra se estima lícito todo lo que contribuye a dañar al enemigo. La aplicacion de esta regla

conduce a excesos y violencias que nadie puede evitar, porque cada individuo del ejército se siente fuerte con el derecho de hacer uso de sus armas. El sentido moral se perturba en los pueblos bajo la influencia de la guerra; por eso de ordinario es mas fácil vencer al enemigo en las batallas que sofocar los jérmenes de desmoralizacion que deja la victoria.

Ya hemos indicado al principio de estos articulos que el Presidente Pinto alcanzó a conjurar el peligro del militarismo, procediendo en tiempo oportuno a disolver parte del ejército victorioso. Ese majistrado se daba cuenta exacta de la gravedad de la situacion en que Chile iba a encontrarse. Por desgracia, su período presidencial terminaba en esa época y tuvo que legar a su sucesor la árdua tarea de encarrilar nuevamente la administracion chilena por la senda que le señalaban sus tradiciones.

El Presidente Santa María no correspondió a la mision escepcional que estós antecedentes le imponian. Dejó de mano la administracion pública, olvidó los peligros que, como consecuencia de la guerra, amenazaban al pais y se ocupó esclusivamente en la intriga política para destruir a los partidos y establecer su omnipotencia personal. La riqueza de Tarapacá fué el agente mas activo de esta lamentable trasformacion de las

prácticas administrativas de Chile. En vez de aplicarse las nuevas rentas a afianzar el crédito nacional o a mejorar la situación económica del pueblo por medio de una reforma del sistema tributario, ellas fueron destinadas al aumento del presupuesto de gastos.

El Presidente fué entonces el dispensador de empleos numerosos y bien rentados; al mismo tiempo se vió armado de grande influencia porque de su voluntad dependia la solución de muchos y valiosos reclamos sobre bienes y derechos radicados antes del dominio chileno en los territorios del norte. Todo esto sirvió a Santa María para llevar adelante su política personal; pero en cambio de tan mezquina satisfacción de amor propio, dejó al país con una lepra que podía ser incurable.

Los partidos políticos no supieron conducirse con independencia y rectitud en esas circunstancias. Hubo voces respetables que denunciaron el mal y apelaron al patriotismo de todos para conjurarlo; pero fueron ahogadas por los intereses transitorios que a algunas agrupaciones les aconsejaban hacerse cómplices del daño. La elección presidencial de 1886 habria sido la oportunidad mas favorable para detenerse en aquella peligrosa pendiente. Las conveniencias de determinados partidos se opusieron a ello y entregaron la di-

reccion del pais a un hombre que ellos mismos conocian por su falta de prudencia y moralidad en los negocios públicos.

Por un extravio de juicio, que jamas será censurado con la severidad que merece, los partidos liberales que habian tratado de resistir a la omnipotencia de Santa María se plegaron al servicio de la omnipotencia de Balmaceda tan pronto como éste manifestó el deseo de concederles tambien sus favores. Se vió así en Chile el triste ejemplo de partidos que adjuraban sus buenos actos de la víspera para gozar de las ventajas que proporciona el ejercicio del poder. Desde ese dia no hubo para los partidos liberales mas objetivo que llegar a la Moneda y asegurar su permanencia en ella. Todos los caminos eran buenos si conducian a aquel fin.

El partido conservador fué el único que se mantuvo organizado combatiendo contra la mala politica que preparaba el establecimiento de la dictadura. La atmósfera viciada en que vivian los hombres públicos alcanzó tambien a hacer sentir sus efectos en las filas de este partido; afortunadamente pudo mas en sus resoluciones la lealtad a los principios de su bandera que la influencia de los partidarios a quienes tentaban los halagos de la Moneda.

Con la misma imparcialidad con que hemos reprochado sus faltas a los partidos liberales, reconocemos que el partido conservador, del cual nos separan convicciones contrarias a su ideal político, se ha conquistado el respeto del país por la nobleza de su conducta. Su alejamiento del poder durante un largo período le ha librado de los malos elementos que corrompen y desorganizan a los partidos que todo lo subordinan a la posesion del mando.

No pretendemos escusar la responsabilidad de Balmaceda en la situacion actual de Chile; por el contrario, somos mui severos para apreciarla, porque tenemos la conviccion de que él ha preparado y ejecutado a sangre fria la traicion contra las instituciones de su patria. Pero seríamos injustos si no fuéramos severos tambien para juzgar a los partidos que lo elevaron a la presidencia y a los que despues se convirtieron en servidores complacientes de su política personal. Esos partidos sabian que Balmaceda carecia del equilibrio de facultades morales e intelectuales que constituye al hombre de buen sentido, al hombre prudente que hace facilmente su camino en la vida porque mide siempre los obstáculos para no estrellarse contra ellos si no puede vencerlos. La reputacion de Balmaceda a este respecto era tan acentuada, que nadie, ni el

mas íntimo amigo, habria pensado en nombrarle, por acto testamentario, albacea de sus bienes o curador de sus hijos. Su falta de prudencia para el buen desempeño de estos cargos era tan notoria como su facilidad para hacer discursos en el Congreso, improvisando sobre cualquier negocio en el sentido que le conviniese. No eran estas, por cierto, las cualidades de intelijencia y de carácter que necesitaba un Presidente de Chile en las circunstancias en que fué designado Balmaceda; sin embargo, hubo partidos que le apoyaron y otros que se le sometieron porque así convenia a la satisfaccion de sus apetitos de poder.

Estos hechos nos autorizan por consiguiente para establecer que la administracion de Balmaceda y la guerra civil han sido los resultados directos del triunfo en la guerra contra los aliados del Pacífico y de diez años de mala administracion y mala política por culpa de todos los hombres que en dicho tiempo han pasado por la Moneda. No hai culpa que no se rescate cuando el arrepentimiento se traduce en actos que puedan corregir los daños causados. Los partidos chilenos tratan hoi de reparar sus faltas sosteniendo con grandes sacrificios una lucha sangrienta. Si obtienen el triunfo y aprovechan la esperiencia de sus propios errores, el porvenir del pais quedará asegurado.

X

Nada es tan incierto como el resultado de las operaciones militares. Los elementos que forman el poder de cada ejército son tan variados que no es posible hacer comparaciones medianamente acertadas sino con un conocimiento mui completo de ellos. Balmaceda tiene la superioridad del número, si se atiende al total de soldados de que dispone. El ejército constitucional tiene la ventaja de poder elegir el punto del ataque, lo que vale mucho en un territorio como el de Chile.

Recuérdese tambien que Balmaceda tenia en Tarapacá tres mil hombres del ejército de línea y que, no obstante, la provincia fué ocupada, despues de reñidos combates, por las fuerzas constitucionales, que en un principio solo constaban de quinientos voluntarios que acababan de tomar las armas. Hai notable diferencia entre el soldado que pelea solo por obediencia a sus jefes y el que entra en combate por su voluntad y en defensa de sus derechos y sus convicciones.

En todo caso hai que considerar la posibilidad del triunfo y de la derrota. El porvenir de Chile depende por completo del resultado de esta contienda. Puede agregarse que ese resultado tendrá tambien significacion práctica para las demas repúblicas hispano-americanas. Parece oportuno,

por tal motivo, consignar algunas observaciones sobre este punto.

La Junta de Gobierno de Iquique tiene la representación y apoyo de todos los partidos que alternativamente han administrado a Chile desde su independencia hasta la presente crisis. Esto quiere decir que con ella están, sin distinción de colores políticos, todos los hombres de Estado que con su capacidad y sus servicios perfeccionaron de año en año nuestro régimen administrativo, nuestro sistema constitucional y nuestra legislación. Ello indica también que la sociedad entera hace causa común con el gobierno del norte, porque las familias y relaciones de aquellos ciudadanos forman centros sociales en las diversas ciudades de la República. La juventud ha emigrado de todas las poblaciones trasladándose a las provincias del norte para enrolarse en las filas del ejército constitucional.

Balmaceda ha cimentado su poder sobre las bayonetas de sus soldados. No le importa que la opinión pública le sea adversa porque ahoga con la violencia todas sus manifestaciones. No tiene ni quiere tener a su lado sino servidores resueltos a cumplir sus mandatos. Improvisa los hombres con la mayor facilidad a medida que los necesita. Hace un ministro de Estado del primer individuo que encuentra a la mano cuan-

do tiene que completar su gabinete. Ocupa en la diplomacia y les encarga las negociaciones mas delicadas a personas que ni noticias tienen de que existe un derecho internacional. Entrega la administracion de las oficinas de hacienda a personas sindicadas de malos manejos comerciales. Desorganiza los tribunales de justicia para suprimir a los verdaderos majistrados y reemplazarlos por los instrumentos de su política.

Los defensores de la dictadura han tratado de hacer creer que el pueblo, es decir la masa de la poblacion en las ciudades y los campos, acompaña a Balmaceda. Aceptan, porque no pueden negarlo, el hecho de que toda la sociedad está en favor de la revolucion; pero dicen que esa es la aristocracia o la oligarquía chilena contra la cual se levanta ahora el pueblo guiado por Balmaceda.

Estas son declamaciones destinadas solo a perturbar la opinion en el extranjero. Ya hemos dicho que lo que llaman oligarquía en Chile es la agrupacion de todos los hombres educados con aptitudes para el buen desempeño de las funciones públicas. Balmaceda quiere destruir esa oligarquía para reemplazarla por otra: la de los hombres a quienes él asocia a su obra porque son ciegos instrumentos a su servicio.

El pueblo, en verdad, simpatiza con la revolu-

cion y la sirve con entusiasmo. En cada provincia que ocupa el ejército constitucional el pueblo acude presuroso a tomar su puesto en las filas. Si así no fuera, la revolucion, que comenzó sin ejército en la rada de Valparaiso, habria sucumbido por falta de brazos; entre tanto, ella cuenta hoi con un ejército de voluntarios bien armados y en número suficiente para traer el ataque a los campamentos de la dictadura. Por su parte, Balmaceda ha reclutado su ejército por la violencia, cazando a los hombres en los campos como a fieras. Con esto ha desorganizado las familias, las ha condenado a la miseria por falta de trabajo y ha despertado en el pueblo odio contra la tiranía. El sentimiento que mueve al pueblo en favor de la revolucion es como el patriotismo que le hace tomar las armas contra el enemigo extranjero.

Siempre con el propósito de estraviar la opinion, se repite en la prensa de Balmaceda que la guerra civil es una lucha social, en la que están en pugna los intereses del pueblo con los intereses de las clases acomodadas. Poco se ha hecho en Chile en el sentido de levantar la civilizacion del pueblo mejorando sus costumbres, y este error es comun a casi toda la América española. Se ha creido que bastaba fundar escuelas para que el pueblo se educase; la esperiencia enseña que,

junto con la escuela, deben establecerse estímulos eficaces para fomentar el ahorro, disminuir los vicios y fortalecer la moralidad. La instrucción intelectual dada en las escuelas es estéril en muchísimos casos porque los individuos que la reciben se pierden desde niños con el contagio de las malas costumbres.

Esto contribuye a mantener un fuerte desnivel de civilización entre nuestras clases acomodadas y nuestros pueblos. Pero ello no es suficiente para promover en estos países cuestiones sociales por antagonismo de clases, puesto que, siendo poco densas las poblaciones para los territorios que ocupan, sobra trabajo para los hombres útiles. No hai riesgo de que tales cuestiones se promuevan en Chile mientras falten brazos para las necesidades de la agricultura y las industrias. La acción de la prensa oficial para suscitarlas no engaña a las personas educadas ni encuentra eco en el pueblo.

Por lo que dejamos espuesto, se vé que hoi ocurre en Chile un fenómeno mui singular. Mientras la revolución se hace en nombre de la lei y procura conciliar las exigencias de la guerra con las prácticas de nuestro réjimen constitucional, Balmaceda, que pretende ser Presidente lejítimo, despedaza arbitrariamente la obra con tanta prudencia elaborada por sus predecesores y quiere

todavía provocar odios de clases que no tienen razón de ser en nuestro país. Los revolucionarios son en Chile los hombres de gobierno que buscan el progreso en el orden y en el perfeccionamiento gradual de las instituciones; la autoridad que se dice legítima es ejercida por un hombre que se propone demoler todo lo que encontró organizado para reconstruirlo sobre la base del régimen militar.

Tiene especial significado a este respecto el modo cómo administran los fondos fiscales los dos gobiernos que al presente hai en Chile.

La revolución recauda en las provincias del norte el 50% de las entradas nacionales. Las oficinas de hacienda en el territorio que ella domina son administradas con la mayor severidad. No se ha contratado ningún empréstito, no se ha hecho emisión alguna de vales o billetes, ni se ha retardado un solo día el pago de los sueldos y de los consumos militares. Una vez terminada la guerra civil podrá darse cuenta documentada al país hasta del más pequeño gasto. La pureza de la antigua administración chilena brilla en los territorios del norte, dando prestigio a los defensores de las leyes.

La dictadura ha establecido como sistema gastar sin tasa ni medida. Siendo la fuerza armada

la única razón de su existencia, no vacila en sostenerla por medio del derroche. Los jefes militares tienen autorización amplia para invertir fondos sin orden especial y sin rendir cuentas. Los proveedores del ejército son los íntimos amigos de Balmaceda. La explotación del Estado se hace en grande escala por los principales sostenedores del régimen balmacedista y en eso consiste el interés que todos ellos tienen en la prolongación de la guerra civil. Estas afirmaciones se comprueban con hechos que son de pública notoriedad. El 7 de enero Balmaceda tenía fondos disponibles por valor de catorce millones de pesos en billetes y quinientas mil libras esterlinas en pesos fuertes y barras de plata. Ha consumido esas sumas y además ha emitido doce millones en el mes de febrero, seis millones en el mes de junio, diecisiete millones de billetes de los bancos convertidos en billetes fiscales y todavía anuncia el telégrafo que acaba de ordenarse otra emisión de quince millones. En seis meses de guerra civil Balmaceda lleva emitidos cincuenta millones de pesos. El presidente Pinto no alcanzó a emitir treinta millones de pesos durante dos años de guerra formidable contra el Perú y Bolivia. Estos hechos hablan por sí solos y escusan de todo comentario.

Las observaciones que preceden bastan para

apreciar las consecuencias que ha de producir el triunfo de uno u otro de los belijerantes.

El triunfo de la revolucion traeria el restablecimiento inmediato del réjimen constitucional. Chile volveria a ser gobernado con prudencia y honradez. Sus instituciones polítics quedarian robustecidas por el prestigio que les daria el sacrificio hecho para defenderlas. La administracion de la hacienda pública seria estrictamente económica, porque habria necesidad de saldar, sin recursos extraordinarios, las cuentas de la guerra. Los tribunales de justicia, repuestos en sus funciones, continuarian prestando eficaz garantía a los derechos que otorgan las leyes. El ejército seria disuelto en su mayor parte para no conservar sino las fuerzas necesarias al servicio de guarnicion, tal como estaban organizadas en 1890. Las relaciones internacionales serian dirijidas con la discrecion que corresponde a un gobierno que medita bien la responsabilidad de sus actos y conoce las verdaderas necesidades de su pais. Con pocos años de gobierno en estas condiciones, Chile habria recobrado con creces su bienestar en el interior y su crédito en el exterior. Entónces podria el pueblo felicitarse de haber preferido los sacrificios pasajeros de la guerra a la corrupcion permanente bajo el réjimen de la dictadura.

El triunfo de Balmaceda nos conduciría a completa ruina. La desorganización, que ya ha introducido la dictadura en todos los servicios públicos, da la medida del trastorno o del caos que habríamos de ver si consiguiese imponerse definitivamente. Como la base de su existencia estaría, según hoy sucede, en la fuerza armada, la mantendría en pie de guerra lista para sofocar todo acto de independencia. La única institución organizada en el país sería el ejército y de este modo, después de haber gozado de los beneficios de la administración civil más sólida que ha visto la América española, nos veríamos sujetos al régimen militar y a merced de los caudillos que se formarían en los cuarteles.

El desenlace de la guerra civil de Chile en éste o en aquél sentido no puede ser indiferente a las demás repúblicas hispano-americanas.

Estos pueblos no se conocen ni se estudian; pero ello no alcanza a impedir que los hechos ocurridos en cada uno de ellos produzcan influencias en las ideas o sentimientos que dominan en los otros. El triunfo de la revolución en Chile sería un golpe contra el régimen dictatorial de gobierno no solo en esa república sino también en las vecinas. El ejemplo de una victoria obtenida por el pueblo defendiendo sus derechos contra la usurpación de un Presidente que se hace cau-

dillo, serviría de estímulo a todos los pueblos que en América sufren bajo el yugo de poderes arbitrarios. Por la inversa, el triunfo de la dictadura, entronizando en Chile el militarismo, produciría desaliento en los demás pueblos y despertaría mayores ambiciones en los caudillos. Ver desmoronarse ante la voluntad de un usurpador el edificio legal construido en Chile durante sesenta años de incesante trabajo, sería un espectáculo ocasionado a matar la fé de los pueblos vecinos en el poder de sus esfuerzos a favor del derecho y la libertad.

Pero hai todavía otra consideracion digna de ser atendida en órden a la importancia que el desenlace de la guerra civil chilena tiene para las naciones vecinas. Supóngase a la dictadura triunfante con 30 mil soldados para sostenerse y ejercida por hombres que no conocen las prácticas del buen gobierno y que no sienten la responsabilidad de sus actos porque se han habituado a hacer cuanto desean por medio de la fuerza.

En Chile no hai recursos para mantener en tiempo de paz un ejército tan numeroso. Los caudillos que dominasen la situacion comprenderian tambien que no habria seguridad para ellos si el ejército permaneciese ocioso. En Santiago se habla ya de planes en proyecto para dar ocu-

pacion al ejército por las fronteras del norte, en venganza de supuestos agravios al dictador. Los jefes militares aceptan la idea con regocijo, porque su realizacion les permitiria prolongar los privilejios de que hoi gozan y obtener nuevos ascensos.

Se dirá que no es cuerdo pensar en guerra internacional cuando aun no han principiado a curarse las heridas de la guerra civil. Pero no hai que pedir cordura a hombres que gobiernan por la violencia y que se sienten fuertes para imponer su voluntad. Menos hai que pedirla a quienes no la han tenido para salvar a su patria de la ruina.

El militarismo triunfante significaria en el interior el desórden permanente y en el exterior la guerra. El pueblo de Chile lo comprende así y por tal motivo no ahorrará sacrificio alguno para librarse del vergonzoso despotismo de la soldadeca. La magnitud del peligro impone la necesidad de heroicos esfuerzos para resistirlo.

Buenos Aires, agosto 20 de 1891.

FRANCISCO VALDES VERGARA.
